

mayor lugar de paces y fuerte de sitio. Prendió en él más de doscientos moros, de los vecinos que halló culpados, porque estando de paz y habiéndoseles dado en Orán armas con que se defendiesen de los turcos, no solo no lo habían hecho, pero recibiendoles en el lugar les habían dado las armas que ellos quisieron llevarse.

Vuelto á Orán el Conde, ahorcó tres moros de los más principales y dió los demás por esclavos, con que se aseguró aquella tierra.

Muchas de estas cosas callan algunas historias, y la de Argel va harta diversa en lo que toca á los reyes de Tremecén, pero yo sigo á Luis de Harms en esta parte, porque la mayor de lo que se escribe, se afirma con seguridad de escritor (el autor de los "Diálogos de las guerras de Orán") que se halló en aquel tiempo en Orán y en casi todas las ocasiones que se refieren.

Después de esto, sábado 3 de julio, año de 1547 (aunque el autor de la Historia de Argel pone esta jornada en el de 48), salió el Conde con toda la gente de Orán, acompañado de Don Martín su hijo y otros caballeros, llevando consigo diez piezas de artillería para la empresa de Tremecén, y al

## Historia de la Casa de Córdoba

Camino otro día le vuelta de Aguel, ciudad destruida, y en aquel alojamiento vistieron á visitarle muchos moros de paces, cada parentela de por sí, guardándose unos á otros en el llegar y hablar al Conde de la antigüedad y preeminencia de sus linajes, y veían más de cincuenta, algunos de a cien de a caballo y el menor no menos que de cincuenta, con sus lanzas y adargas y tiros, jacos los caballos, y de esta suerte pasó el Conde tres leguas hasta llegar donde estaba Almanzor, tío y suegro del rey Hamet, que le aguardaba con cinco mil caballos (seis mil escribe el autor de la Historia de Orán) y el Conde llevaba consigo seiscientos soldados, casi todos traidores, pero engañase en el número de los del Conde, que aun no llevaba dos mil.

Biró grandes caricias la gente de Mémar al Conde y la representaban de una victoria que ciertos alarbes habían tenido de trescientos á quien pasaron á cuchillo pocos días antes. Entraban doce moros con otros tantos camellos, y de estas llegaba por sí acompañada de su linaje al Conde y le decían: bien sea venido el restaurador de nuestro reino; el amparador de los huérfanos; ¿cómo, señor, estando vos en la tierra ha de ser otro señor en ella?, y otras cosas á este tono en arábigo, que declaraba un intérprete al Conde.

Llegó luego el Almanzor y abrazóle, y habiéndole hablado un poco, se fué á los suyos, y mandó que se escatimizasen todas las lanzas, cosa

quina imaginable de funcionamiento constante, que en conjunto no pierde ni gana energía, lo que excluye una supuesta muerte térmica del Cosmos ya que cualquier avance hacia el equilibrio implica la aparición de un nuevo desequilibrio: la condensación de materia provoca su destrucción y en desaparición aparece la creación de otra nueva.

Todo el problema puede quedar reducido, con el plasma del espacio, al movimiento de unas simples masas inertiales idénticas tales que chocan entre sí; así lo profetizó Laplace de Vauvenargues cuando afirmó que para entender el Universo lo necesario era entender el movimiento.

T. M.

Historia de la Casa de Córdoba

nastel, lugar de paces y fuerte de sitio. Prendió en él más de doscientos moros, de los vecinos que halló culpados, porque estando de paz y habiéndoseles dado en Orán armas con que se defendiesen de los turcos, no solo no lo habían hecho, pero recibéndolos en el lugar les habían dado las armas que ellos quisieron llevarse.

Vuelto a Orán el Conde, ahorcó tres moros de los más principales y dió los demás por esclavos, con que se aseguró aquella tierra.

Muchas de estas cosas callan algunas historias, y la de Argel va harta diversa en lo que toca a los reyes de Tremecén, pero yo sigo a Luis de Mármol en esta parte, porque la mayor de lo que se escribe, se afianza con seguridad de escritor (el autor de los "Diálogos de las guerras de Orán") que se halló en aquel tiempo en Orán y en casi todas las ocasiones que se refieren.

Después de esto, sábado 3 de julio, año de 1547 (aunque el autor de la Historia de Argel pone esta jornada en el de 48), salió el Conde con toda la gente de Orán, acompañado de Don Martín su hijo y otros caballeros, llevando consigo diez piezas de artillería para la empresa de Tremecén, y alojó su campo a legua y media.

Caminó otro día la vuelta de Agacel, ciudad destruida, y en aquel alojamiento vinieron a visitarle muchos moros de paces, cada parentela de por sí, guardándose unos a otros en el llegar y hablar al Conde de la antigüedad y preeminencia de sus linajes, y serían más de cincuenta, algunos de a cien de a caballo y el menor no menos que de cincuenta, con sus lanzas y adargas y ricos jaeces los caballos, y de esta suerte pasó el Conde tres leguas hasta llegar donde estaba Almanzor, tío y suegro del rey Hamet, quien le aguardaba con cinco mil caballos (seis mil escribe el autor de la Historia de Orán) y el Conde llevaba consigo seiscientos soldados, casi todos tiradores, pero engañase en el número de los del Conde, que aún no llevaba dos mil.

Hizo grandes caricias la gente de Mexuar al Conde y la representaban de una victoria que ciertos alarbes habían tenido de trescientos a quien pasaron a cuchillo pocos días antes. Entraban doce mujeres con otros tantos camellos, y de estas llegaba por sí acompañada de su linaje al Conde y le decían: bien sea venido el restaurador de nuestro reino; el amparador de los huérfanos; ¿cómo, señor, estando vos en la tierra ha de ser otro señor en ella?, y otras cosas a este tono en arábigo, que declaraba un intérprete al Conde.

Llegó luego el Almanzor y abrazóle, y habiéndole hablado un poco, se fué a los suyos, y mandó que se escaramuzasen todas las lanzas, cosa

que hicieron con gran destreza.

Partieron luego juntos para Aljobel, donde puesta su tienda sobre una fuente, esperó el Conde tres días los navíos, en que habían de venir los mil hombres que dejó en Málaga, pero no teniendo aviso de su venida, pasaron la vuelta a Tremecén. En el Arvá de Meliona se detuvieron diez días, esperando todavía la gente de España, entretenido el Conde con pruebas de fuerzas y destreza, que hacían cristianos y moros.

No hubo más de lo que se esperaba, y así prosiguieron su camino Almanzor y el Conde hasta una ermita vecina al río Zin, que llamaban ellos Rábita de Zin y donde está enterrado un morabito venerado por santo de los moros.

Pasaron allí dieciseis días, aguardando todavía el Conde sus españoles, entretenido en cazas y escaramuzas con moros de guerra, hasta que supo que estaban cuatro leguas de allí, en Cabo de Figuel, sin poder subir a Orán por el tiempo.

Con esta nueva y la mitad de la gente que traía fué a la marina y recogió la de los navíos.

Vuelto al campo y habiéndose detenido algunos pocos días para reparo de los recién venidos prosiguió su camino la vuelta de Tremecén, llegando a los edificios de Cenán, lugar cercano a Tremecén.

Hubo aviso que estaba cerca de allí Hasan Bajá, rey de Argel (a quien Mármol llama Asán Aga, gobernador de aquella ciudad, que realmente lo son los que decimos reyes de Argel, dignidad temporaria que el Turco provee y no perpetua como la real), hijo, según afirmó el autor de la Historia de aquel reino, hijo del Hedin Barbarroja y de una mora de Argel.

Venía, según se supo Asán Bajá, con ánimo de dar batalla al Conde, si le hallase inferior en gente, y si superior, meterse en Tremecén y defenderla.

Traía consigo mil doscientos turcos, que tanto le señala Mármol, o como el autor de la Historia de Argel dice, tres mil arcabuceros entre turcos y renegados, mil espays, gente de a caballo turquesca, y dos mil caballos alarbes, que le dió para esta jornada el rey de Tremecén, Amidalabdi, con ocho piezas de artillería.

Sabido esto por el Conde, mandó marchar su campo y volver por los mismos pasos que había traído, la vuelta de Gobel, con ánimo de encontrar al enemigo y darle batalla, y para tener mayor seguridad de los moros de las paces que llevaba consigo, hizo jurar primero a todos los alcades y xeqes principales que serían con él, le seguirían, servirían y auxiliarían bien y realmente a todo su poder hasta poner a Muley Hamet

en posesión del reino de Tremecén, juramento que se hizo teniendo dos moros de a caballo, uno de una parte y otro de otra, una toca larga asida por los cabos y levantados los brazos, en medio de esta toca estaba pendiente un libro de su Alcorán, y por debajo de ella uno a uno pasaban todos los hombres de cuenta que habían de jurar y prometiéndolo cumplido lo referido tocaban con la mano el libro y se la besaban luego, ceremonia que duró toda una tarde.

Caminó el campo, pues, hasta el río Ziz la primera jornada y otro día al Arbe de Meliona, y de allí fué a Gobel, y pasado el río de Felilet (que alguno llama Filete, no sé cuán bien, el autor de los "Diálogos de las guerras de Orán"), durmió aquella noche nuestro campo, legua y media del enemigo, aunque había quien dijese que distaba cinco, y es sin duda que vieron a las manos.

Hallándose así el Conde como el Bajá, con buena gente y ganosa de honra, pero aquella noche mesma llegó el campo Mosiur de Lanis, caballero francés, enviado a toda diligencia con dos galeras de su Rey (éralo entonces Henrico 2.º) a dar el pésame a Asán Bajá de la muerte de Barbarroja su padre, que el mes de mayo, poco antes pasado, muriera de calenturas en Constantinopla.

No había sabido hasta allí la nueva Asán Bajá, pero sabiéndola y dándole crédito al dicho del Embajador y las cartas que traía del Rey de Francia, quedó tan quebrantado de ánimo con el sentimiento de pérdida tal, y no sólo él, pero los oficiales principales de su campo, que casi todos habían militado debajo de las banderas de Barbarroja, que con consejo de ellos trató luego a la mañana de concertos con el Conde y con Almanzor, enviando para el efecto un Alcaide llamado Jofar, y con él un morabito principal de Tremecén, muy amigo del Mexuar. Autores hay que digan que Asán, viendo el campo cristiano tan cerca, que venía en su busca, no atreviéndose a esperarle, huyó la vuelta de Argel, y que los nuestros le siguieron dos jornadas, hasta que él envió a tratar de concierto.

No se me hace verosímil que orgullo turquesco desmayase sin ver al enemigo, hallándose igual en fuerzas, pero confieso haber sido posible que decaídos, con la mala nueva de Barbarroja, sus ánimos, y temiendo la gente en este agüero de su empresa (son por extremo agoreros los turcos y moros) levantase su campo y se retirase sin osar pelear. Harta bizarría y gloria fué de los nuestros que el Turco rogase con la paz (séase cual haya sido la causa) y saliese con la que pretendía el Conde, que era dejar por Rey de Tremecén a Muley Hamet, con que vino el Bajá, y que pu-

diese libremente ser vasallo del Emperador, sin que por esa causa pudiese ser molestado de las armas turquescas y que todos quedasen amigos, y con esto, después de dos días, que el Bajá y sus turcos estuvieron llorando la muerte de Barbarroja, donde les había hallado la nueva (si es cierto lo que refiere el autor de la Historia de Argel), cabalgó Asán en un caballo morcillo, vestido él de negro, y se volvió derecho a Argel, mandando llevar la artillería a Túnez y de allí embarcarla en galeotas.

Pero no es de pasar en silencio lo que sucedió al tratar las paces. Estaban en las tiendas de Almanzor algunos soldados cristianos cuando vino a efecto el Alcaide de Jafar, y echando de ver que uno de los turcos que vinieron en su compañía traía enarbolada una bandera, y advertido por alguno de los soldados, celoso de reputación de su nación y el Rey, y pareciéndole que en presencia de las banderas del Emperador, no habían de estar menos que cogidas o cautivadas las banderas del Turco dieron aviso al Conde, el cual, otro día de mañana, envió al capitán Sotomayor al camino por donde habían de ir los turcos la vuelta de Argel, para que se la hiciese abatir, el cual, cumpliendo el orden, llegando a los turcos, les dijo que abatiesen la bandera, que en presencia de las del Emperador, su señor, no habían de llevarla enarbolada.

Agraviados de esto los turcos respondieron se les hacía fuerza, porque tenían seguro de Almanzor, a quien enviaron a llamar, y venido, dijo en secreto al capitán que aquella bandera era del Rey de Tremecén, su sobrino, que la enviaba al Rey de Argel. Más éste replicó que llevándola turco la había de abatir y coger.

Tomóla entonces el Mexuar para hacerlo, pero Sotomayor le instó que aquello lo había de hacer el turco que la llevaba. Volvióse Almanzor y el turco la quitó de la batalla y cogió con harto sentimiento, y Sotomayor con esto, dió vuelta al campo, acompañado de solos cuatro soldados que habían venido con él, y fué agasajado del Conde por el valor con que había ejecutado su orden.

Detuvo el campo allí algunos pocos días, mientras el Conde, pidiendo a Almanzor le esperase llegó a Orán, de donde estaban sólo siete leguas, y tomando el artillería de batir, la trajo consigo y pidió a Mexuar que pues la empresa de Tremecén se había concluido tan en su favor y de su sobrino, fuese con él para asegurar el campo con su caballería, porque estaba resuelto ir sobre Mostagan, y echar de allí a los turcos, vengando la ofensa pasada.

El moro, que tenía hecho su negocio, cuidando poco del ajeno, o lo que más cierto es, deseando no prevaleciesen las armas cristianas contra

los de su secta, ni se hiciesen los nuestros más poderosos en Africa, respondió que no podía acompañarlo, respecto de no estar bien asentadas aún las cosas de Tremecén, y ser fuerza que, para ponerlas en orden, él en persona se hallase presente, de que, enfadado el Conde, le respondió se fuese en buena hora, que él solo tomaría a Mostagan, y tendría menos que agradecerle, y con esto, partiendo el moro a Tremecén, el Conde con su campo fué al río Cinquinaquir, y de allí a Huet Abra y al río grande de Cuznaque y a un asolamiento donde hay unos pozos redondos, más de cinco leguas para sentar su campo donde lo pusieron los turcos cuando se hicieron dueños de aquella ciudad.

Sábado 21 de agosto llegó a Mazagran, donde refrescada la gente con la fruta de sus huertas, pasó el mismo día a Mostagan y puso su campo sobre el padastro que cae por aquella banda y hizo cañonear la ciudad, con ánimo de que temerosos los vecinos se rindieran, pero los de dentro nos tiraban con dos sacres, aunque con poco daño, porque luego los artilleros del Conde, se les desencabalaron. Durando la batería, mandó el Conde a la gente de Orán, rodease la ciudad, por reconocerla mejor. Hízose, aunque saliendo los enemigos. Costó sangre y vida de los nuestros.

El domingo se supo de un moro que se prendió, que la ciudad estaba riquísima, habiendo entrado toda la comarca todas sus haciendas en ella, que tenía más de doce mil personas y sólo 42 turcos. que les estorbaban el rendirse. Prosiguióse la batería otros dos días y la pólvora amenazaba falta.

Despachose a Orán a Diego Ponce, que había quedado por teniente, enviase por cantidad de ella en un bergantín que volvía dentro de dos días con lo que se pidió, y asimismo vino un galeón con piezas gruesas y el día que llegó y el bergantín, entraron en Mostagan los turcos por la parte de Levante y diez mil hombres de la tierra, sin que les estorbasen los nuestros, aunque vieron muchas banderas y cuerpo de gente que entraba, así por creer que era algún ensaie de turcos que para ostentación de la gente hacían, habiendo salido la noche antes de la ciudad, porque como, aunque quisieran, no pudieron oponérseles sin dividir el ejército, flaco y sin fuerzas, para dividido eran estos turcos los que hab:an salido de Tremecén, y sabiendo iba el Conde sobre Mostagan, quisieron ir a defender y llevaban consigo más de veinticinco mil moros de a pie y de a caballo, y en estos entrando los demás criados turcos. Quedaron 150 en el campo para infestar a los nuestros, haciéndoles contínuos daños.

El Conde mandó perseguir la batería a toda furia (habíala mudado con su gente toda a otro lugar que le pareció más oportuno para el efec-

to y para el asalto) y continuándose de manera que estaba desabastar buena parte de muro, mientras se deliberaba de que aquel día se cortasen ramas de las huertas y se acercasen al muro los nuestros y se batiese toda la noche venidera para impedir los reparos que pudieran hacer los cercados, y otro día al amanecer, al son de una trompeta se avvicinasen más los soldados y disparada toda la artillería, llegasen cubiertos con el humo al foso y cegándolo con la rama que llevasen en haces arremetiesen y diesen el asalto.

Permitió Dios que el Capitán Espinosa, vizcaíno, habiendo ido a tomar un arrabal cercano de la batería, viéndolo, le pareció fácil de entrar y arremetió sin orden, siguiéndole sus soldados y luego casi todos los demás, llevados de una voz que salió diciendo: dentro, dentro, que los nuestros entran por lo batido.

Los turcos que, según se supo después, estaban de parecer de dejar el lugar, continuándose la batería, pues con poco más que se derribara quedaba la entrada llana, aún para los caballos, como vieran el desorden de los nuestros, acudieron con ánimo grande a la defensa, oponiéndose a la entrada, difícil aún para los cristianos, si bien con serlo, cuarenta de ellos subieron a lo alto y en el muro pusieron banderas, pero derribadas al punto éstas y muertos los más de los nuestros, creciendo el brío de los turcos, cuyos muertos no espantaban a los compañeros, pues el lugar del que caía, ocupaba atrevidamente otro a porfía, el Conde, testigo del estrago de su gente, mandó se retirasen (autor hay que afirma haberse dado el asalto (G. Mármol) por orden del Conde, juzgando él por suficiente el portillo abierto en el muro y que para darlo envió once banderas, quedando él con solas tres para guarda del campo), pero el caso, como queda referido, lo escribe quien se halló presente (el autor de los Diálogos de las Guerras de Orán).

Retiráronse los nuestros, muerto el Maese de Campo general y otras muchas personas de mando que pudieran ponerlos en orden muy sin ella, dándoles avilanteza a los turcos, a que, bajando por el pasillo de la batería, viniesen siguiendo, matando y hiriendo a los nuestros, hasta encerrarlos a golpe de alfange dentro de sus mismos cuarteles, donde por ventura fueran desechos, a no salir el Conde con las banderas que habían quedado en guarda del alojamiento a resistir a los turcos, que aunque ufanos con la victoria, perdieron de tierra lo que habían ganado y se retrajeron a la ciudad, y el Conde volvió a su campo y pudiera gustoso de lo que había hecho, a no haberle aquel día muerto el enemigo, sin los de cargo, más de doscientos hombres y heridos más de doscientos cincuenta.

Vista, pues, perdida tal, y la defensa grande que en la ciudad había, puso el Conde en consulta lo que harían, y fue parecer común de todos que deb'a retirarse aquella noche el ejército, de muchos, que se embarcase en un galeón y bergantines que tenían vecinos, dejando clavada la artillería y dejarse todos los caballos para el enemigo, ni se aprovechase de ella ni de ellos.

Vino el Conde en la retirada, aunque no en el modo referido, diciendo que no plugiese a Dios que él tal vileza hiciese, que primero consentiría que le hiciese pedazos.

Determinado, pues, el mejor modo, se puso en ejecución con tanta diligencia aquella noche, que al amanecer del siguiente día, estaba ya junto a la mar toda la gente con el bagage y la artillería, menos una pieza que quedó enclavada por haberle los turcos roto una rueda con una pelota desde Mostagan, y los inútiles y heridos embarcados en el galeón.

Luego que el campo del Conde comenzó a retirarse, dos malos cristianos fueron a Mostagan a dar cuenta de lo que pasaba a los turcos, los cuales luego por la mañana salieron en busca de los nuestros con más de 150 moros de a pie y 30 de a caballo, confiados de desbaratarnos, y llegados a nosotros hubo una grande escaramuza de arcabuceros, hasta que de una y otra parte, el cansancio y calor hízose apartarse.

Era el día de San Agustín, insufrible el sol, y así difirieron para la tarde los enemigos la ejecución de lo que entendían hacer, que era desbaratarnos. Inclínada pues la tarde y viendo ellos que de nuestro campo iban y venían al galeón, barquetas, creyeron que nos embarcásemos y para que no se les fuese de la mano la presa, y así, enviando los caballos alarbes que nos cogiesen las espaldas, los turcos, que serían hasta setecientos, con un estanderte pajizo, se pusieron en escuadrón hacia el mediodía, y los 150 moros de a pie, se tendieron por la orilla del mar, y con este orden caminaron hacia los nuestros.

Era Capitán de caballos, Luis de Rueda, hombre animoso y diestro, y viendo mover al enemigo y que le hacía daño con los arcabuses, envió a decir al Conde viese lo que mandaba hiciese, y el Conde respondió estuviese quedo, hasta que ordenase lo que convenía, y ordenó que dos compañías de la gente de Priego y Alcaudete y aquella comarca, hombres de vergüenza, se pusiesen hacia donde estaban los alarbes y estándose quedos en su puesto, no tirasen sino cuando fuesen acometidos de la caballería enemiga, creyendo, como era cierto, iban con ánimo los alarbes, de darnos en las espaldas, cuando arremetiésemos con los turcos y moros; y esto hecho, mandó a Luis de Rueda que cargase con sus caballos a los moros vecinos. Hízolo también con los pocos caballos que habían

quedado de provecho (sería hasta 60) quedando el Sant con los turcos, que era más fuerte de su batallón, los rompió, y la vanguardia de los moros, en quien hicieron poco daño unas piecezuelas menudas de artillería, que, por fáciles de llevar donde quiera, habían dejado de embarcarse, y las piezas gruesas que tiraban del galeón, y con esto hubo lugar de que llegase a pelear toda nuestra infantería, mucha parte de la cual, temerosa del suceso, no quería salir de los reparos, pensando más cómo se salvarían que en pelear, hasta entrarse algo por el agua, inconsideradamente para entrarse en el galeón, pero Don Martín, hijo del Conde, con una alabarda en la mano, parte animándolos, parte amenazándoles, les hizo salir, y lo que más les alentó fue ver desabaratados los contrarios, y gritar algunos de los nuestros victoria

Los alarbes, cuando vieron marchar a los nuestros, arremetieron con su acostumbrada algazara, pensando dar de improviso en nuestras espaldas, pero hallaron dura y cuidadosa resistencia en las dos banderas que el Conde había mandado poner enfrente de ellos, los cuales, al cargar los caballos, que recibieron con tan recia salva de arcabucería, que cayendo muertos muchos, obligaron a los demás a pasar adelante, con un largo rodeo, y dar lugar a nuestrass caballos a que se recogiesen y recogiesen a los soldados desmandados y volviesen sobre el enemigo, que no pudiendo sufrir la furia de los nuestros, volvioles espaldas (hay quien diga que el escuadrón de los turcos no fue roto, sino que se estuvo en su lugar, tirando con poco daño de los nuestros y recibiendo él mucho), pero parece haber sido al contrario, pues confiesan todos los escritores que moros y turcos volvieron huyendo a quien más podía, la vuelta de Mostagan, y aún diciendo a voces, para animarse y llegar más en breve la ciudad: que nos la toman, que nos la toman; y pudiera ser así a hallarse los nuestros siquiera con doscientos caballos, pero el Conde, contento con la amistad que Dios le había hecho y dándole gracias por ello, recogió su campo, en el que no había hombre que con el gusto presente se acordase del día pasado, y acercóse al mar, donde embarcó lo que faltaba de artillería y heridos, y después de haber descansado un poco, marchó por tierra la vuelta de Orán.

Amanecióle seis leguas de Mostagan. Al pasar el río le quisieron embarazar algunos turcos y moros, pero no pudieron, y llegando aquel al puerto de Arceo, el siguiente entró en Orán, haciendo 57 días que había partido de ella.

Admiró este suceso al mundo y a su mayor monarca el Invictísimo Emperador Carlos V Maximo, que oyendo referir lo que había pasado, dijo dos o tres veces, encogiendo los hombros, no haberse visto jamás

vencer una batalla campal, después de haber perdido otra batalla retirándose.

Pocos días después de la vuelta de Orán, llegaron allí las galeras de Don Bernardino de Mendoza, que estaba concertado habían de venir y por su detención se dejó de tomar por ventura, Mostagan.

Venidas, se comenzó a tratar de volver sobre aquella ciudad, y se tuvieron ciertos tratos con un moro principal de ella para que la entregase.

Duró esto cerca de dos meses, haciendo las costas todo tiempo a la gente principal de las galeras, el Conde.

Resuelta por fin la jornada y embarcada la artillería y la gente fuera de Orán para marchar, sobrevino Don Juan de Mendoza, hijo de Don Bernardino, diciendo al Conde que él tenía orden para volverse con las galeras luego a España, y no podía hacer otra cosa.

Hubo de suspender la jornada, sintiendo no poco el Conde que tras de tantos gastos y apercebimientos, se encaneciesen sus designios, pero respondióle a Don Juan que se fuese en buen hora, que si él no le ayudaba, Dios le ayudaría, y no pudiendo sosegar su belicoso ánimo, con la gente que pudo juntar, que fueron hasta mil setecientos y cien caballos, fue a Arceo, siete leguas de Orán, camino de Mostagan, y allí se hizo una población de lugar, con murallas, bastiones y todo lo demás necesario para tener, o más cerca los tratos, o más freno los enemigos.

Pagaba mal el Rey de Tremecén, cierta cantidad de dinero que había de darnos. Hízose represería en cuatrocientos moros, por prenda de la paga, y sin poder efectuar otra cosa más de momento, porque cargaba el invierno, volvió el Conde a Orán, y de allí salió a una cabalgada de ciertos moros de paz, que contra las leyes de ella, habían héchonos algunos daños, y prendió más de 450 almas y más de diez mil cabezas de ganado, con que el Conde, enriqueciendo a sus capitanes y soldados, dio a la trabajosa guerra que tanto había durado, y dejando por su teniente en Orán a Don Martín su hijo, acompañado el Conde de lo más lúcido de la gente que consigo tenía, vino a algunos negocios de importancia a España, donde se detuvo un año.

## CAPITULO VIII

### EN QUE SE PROSIGUE LA VIDA DE DON MARTIN DE CORDOVA Y VELASCO, PRIMER CONDE DE ALCAUDETE HASTA SU MUERTE

Volvió después de un año el Conde Don Martín a Orán, y deseando castigar unos adueros de moros que decían de Casina, porque habiendo roto sin causa las condiciones de paz, corrían la tierra, acogían y daban favor a otros por lo mismo, y así una noche, poco después de su venida, salió con alguna gente y al amanecer dio sobre ellos.

Defendiéronse mucho, pues eran siete de más de cincuenta tiendas cada cual, pero costó la defensa más vidas y al fin victorioso el Conde, con mucha presa de ganados y cautivos, dio la vuelta a Orán, donde cada día andaba con los moros a lanzadas.

Luego, el año de 1549, pasó el Conde a España y fue a Valladolid, corte entonces, a besar la mano al Rey de Bohemia, Maximiliano, que gobernaba estos reinos por ausencia del Rey Don Felipe su primo hermano.

De allí fue a Flandes, a negocios que tenía con el Emperador, jornadas en que se detuvo no pocos días, al cabo de los cuales volvió a Orán, donde fue bien recibido y bien necesaria su presencia para la conservación de aquella ciudad, porque Salarraez, rey de Argel, habiendo ganado a Bugia en nombre del Gran Señor, y enviándole un gran presente con su hijo Mahamet Bai, y a suplicarle enviase una armada el año siguiente, con que se prometía tomar a Orán y Mazalquivir y echar los cristianos de toda Berberia.

El turco, alegre con la nueva y el presente, respondióle enviaría cuarenta galeras con gente para el efecto que decía. Apercibióse con esto Sal Arráez, y el mayo del año siguiente de 1556, partieron de Constantinopla las cuarenta galeras bien en orden y llegaron a Bugia por julio, de cuya venida, siendo sabedor el rey de Argel, salió a recibirla con treinta bajeles entre galeras y galeotas y cuatro mil turcos en ellas y llegando al cabo de Matafuz, doce millas de Argel, murió de peste, dejando por nombrado sucesor en su cargo a un renegado que había sido cautivo suyo llamado Yahay, pero los genizaros, no queriendo obedecerle, nombraron por rey de Argel, en tanto que el Gran Señor, a quien dieron cuenta de la muerte del Sal Arráez, ordenara otra cosa, a Asan Corso, que había sido mayordomo y gran privado del muerto, pero hombre más

apacible, en los oficios que había tenido de Alcaide de Argel y Berlebei o capitán general, había dado, con su liberal y grande ánimo, satisfacción a todos; y con su nuevo rey dieron vuelta a Argel, donde llegó la armada que venía de Constantinopla y venían por capitanes de mar y tierra en ella Alí Portino y Mamy Arráez, que siendo bien recibidos y regalados de Asan Corso, trataron qué harían, si volver a Levante o pasar al cerco de Orán, y aunque hubo diversos pareceres y el del general de la Mar era volverse con su armada, resolvieron al fin de ir a cercar a Orán, y avisando con una galeota, de su determinación, al Gran Señor, partió en breve el armada toda, así la de Constantinopla como la de Argel, la vuelta de Orán, donde se encaminó por tierra Asan Corso, con seis mil turcos arcabuceros (Mármol le señala sólo tres mil y pone esta jornada en el año 1555, pero yo sigo otros autores) y con mil moros de a caballo y treinta mil de a pie que tenía para esta empresa apercebidos su antecesor Sal Arráez, alarbes y cobeiles, vasallos del rey de Cuco, su vecino, con quien estaba de paz, y llegado con esta a Mostagan halló, desembarazada la gente, artillería y municiones del Armada, con que junto un campo gruesísimo de doce mil turcos y más de treinta piezas de artillería, en que había algunos cañones de batir, muy grandes y reforzados, y con tan poderoso ejército marchó la vuelta de Orán.

Bien sabía la tempestad que le amenazaba el Conde y Alteza de la Princesa de Portugal Doña Juana, que gobernaba entonces estos reinos por ausencia del Rey Don Felipe su hermano, suplicándole fuese servida de mandarle socorrer al punto con gente y municiones de que estaba bien falta aquella plaza, añadiendo con generosa libertad que si no era socorrido en breve "allí moriría Sansón y cuantos con él son", y juntamente atendió con suma diligencia al reparo de los muros, fortificando y terraplenando lo que menos fuerte se hallaba, requirió y puso a punto la artillería y municiones y entró dentro de la ciudad cuantos mantenimientos pudo haber de la comarca, en la que mandó atosigar muchos pozos, en particular los cercanos al camino que traía el enemigo, con que le hizo harto daño.

Dieron vista al fin los turcos a Orán y el Conde envió a Don Gabriel de la Cueva, que fue Duque de Alburquerque, a reconocerles con una banda de caballos y arcabuceros, con los cuales trabó una escaramuza, pero conociendo la grande ventaja que el enemigo le hacía, retiró su gente presto.

Alojáronse los infieles a Las Piletas, más arriba de la fuente adonde nace el río y viendo el Conde que de fuerza habían de beber de la fuente, envió a que la guardaran quinientos soldados, que reparados con las

paredes de unas huertas de aquel sitio, les defendían también el agua, que cada gota les costaba a los turcos mucha sangre, arcabuceados de los nuestros, así de las paredes que dijimos, como dende la torre que llaman de los Santos, sobrepuesta a la fuente.

Viéndose, pues, ellos en tanta necesidad, determinaron echar del puesto a los cristianos, y así cargando todo su campo sobre los nuestros, fue conveniente que el Conde enviase gente a retirarlos, trabando para el efecto una gruesa escaramuza, durante la cual, mientras, se rogiesen y en buen orden se retirasen a la ciudad.

Pero el sargento mayor ejecutó tan mal la orden que, mandándoles retirar a voces, los soldados se desordenaron por obedecerle aprisa, y los turcos, viéndoles así, les cargaron con tanta furia que muertos trece de ellos y heridos algunos y los demás retirados, se contentaron por quedar dueños de la torre, sitio y fuerte, con mucho sentimiento del Conde, que estuvo con ánimo de castigar al sargento mayor, causa de esta pérdida

Pasaron después a poner cerco a la ciudad, contra cuyas murallas pusieron los cañones más gruesos de su campo, dos baterías, una a la banda de Levante, donde llaman las canteras, y que batía la puerta de Tremecén, y la otra en un repecho al Poniente, que batía el lienzo de la Alcazaba, habiendo primero hecho sus trincheras, en que, y en algunas escaramuzas, gastaron hartos días. Comenzó al fin a jugar su artillería con poco daño nuestro, y la nuestra con alguno suyo, pues, un artillero del Conde con una pelota y soldados circunstantes, cuando supliendo con arte lo que le faltaba de fuerzas, el Conde mandó escribir en lengua arábica una carta en su nombre a los principales alcaides y xeques del reino de Tremecén, diciéndoles se acordasen de la fe y palabra que le tenían dada y que estuviesen a punto para cuando él saliese a dar en los turcos, ellos, por su parte, diesen en ellos y hiciesen como buenos.

Esta carta se procuró hacer caediza en la tienda misma del rey de Argel, donde hallada y leída causó tanta alteración en los ánimos de los turcos, sabidores por larga experiencia de la inestabilidad y poca fe de los alarbes que, teniéndose por vendidos de ellos, les miraban como a enemigos, y más de temer cuanto menos declarados que los cristianos. Llegó en medio de esta disidencia, de Constantinopla a Argel, Abuchi Alí o como otros le llaman Ochali Scander, renegado de nación griego, bien conocido después por nuestros daños, con orden del Gran Señor de que, si no hubiesen ido a Orán, no fuesen, y si hubiesen ido, dejasen el cerco y la armada toda volviese al punto de Levante, desconfiado de que aquella gente, falta de la guía de Sai Arráez, venturoso y valiente capitán,

diese cima a tal empresa, o lo que es más cierto, por andar Andrea Doria a este tiempo robando el archipiélago, sin haber galeras turquescas que le resistiesen.

Al fin, venido con este orden Abuchali a Orán, si bien pesó grandemente a los moros de que los turcos alzasen el cerco, como era muy posible, que a perseverar en él, tomaran a Orán y les liberaran de la continua molestia que recibían de ella.

Con todo, hubieron de obedecer el mandato del Gran Señor. Los turcos, desconfiados de los alarbes y discordes entre sí, primero en emprender la jornada y después en el modo de batir la ciudad.

Con esto, levantó Asan el campo y embarcando parte del y la artillería en la armada, con el resto caminó la vuelta de Argel, pero no tan a su salvo, que la gente de Orán, viéndoles retirar, no saliese a ellos y haciéndoles harto daño les tomase alguna artillería y matase cuatro arraces de las galeras levantinas.

Tal fin tuvo el asedio de Orán y tan prudente y valeroso se portó el Conde con él, no perdonando diligencia ni cuidado para asegurar la ciudad, sin dormir en cama, mientras duró, noche alguna, ni gastarla en otra cosa que en rondas, provisiones y reparos, descansando un poco de día.

Algunos después tuvo otra guerra, no menos de temer, que fue de peste crudísima, a cuyo remedio acudió el Conde con grandes veras, y habiéndose aplacado vino a España y sin entrar en poblado, vistió nuevo su familia, dejando por temor del contagio los vestidos que había traído, y fue a su casa y de allí a la Corte, a besar la mano de la Princesa de Portugal, Gobernadora, y procurar se le diese gente para la empresa de Mostagan.

Llegado a Valladolid, donde se le hizo grande recibimiento por sus deudos y amigos, como capitán victorioso, fue a besar la mano de la Princesa de Portugal Gobernadora, y sucedió que, llegando él a Palacio, salían de ver a la Princesa el Condestable y Almirante de Castilla y viendo al Conde llegaron con grande agasajo a hablarle y darle la bienvenida, y sin que pudiese él detenerlos, volvieron con él hasta la recámara de la Princesa y entraron con él dentro.

Recibióle Su Alteza con grande amor y afabilísimo tratamiento, según el orden que para todo tenía de la Magestad del Emperador su padre, ya retirado en el Monasterio de Yuste, del Orden de San Gerónimo, junto a Plasencia, libre de los cuidados de Imperio y Reinos.

Salió contento de la merced que Su Alteza le hizo, el Conde, y en el antecámara fue visto de muchos caballeros que se hallaron con ad-

miración y agrado de su presencia, disposición y gravedad de rostro, merecedora de grande respeto.

Trató con muchas veras el negocio a que venía de la empresa de Mostagán, facilitándola con los del Consejo de Guerra y otros Ministros, diciendo que ganada aquella guerra se facilitaba la conquista de Argel, y que para ganarla, habiéndole prometido su ayuda el Xerife Rey de Fez y los xeques de los alarbes de Meliona, ofreciéndose asegurarle el campo y los bastimentos para el ejército, por la enemistad que tenían declarada con los turcos.

Favorecía la pretensión del Conde, Juan de Vega, Presidente entonces del Consejo Real de Castilla, pero contradecíanla, en el Consejo de Guerra, el Marqués de Mondéjar, Don Luis Hurtado de Mendoza y otros, atento a la poca fe y constancia de los alarbes, a quien por medio de sus alfaquíes, por el celo de su común secta, podrían reducir los turcos a su opinión y a la destrucción de los cristianos, o quemarles los panes y alzar los bastimentos, pero al fin obtuvo su intento el Conde, aprobando el Emperador, a cuyo juicio se remitió la causa en discordia de los Consejos de Guerra, fiando esta empresa Su Majestad a la prudencia, ánimo y experiencia que el Conde tenía de las cosas de Africa, y se le mandaron dar seis mil hombres que pedía (hay quien dice que quince mil, pero engañase) y lo necesario para el ejército, con parte de esta gente que se hizo en La Mancha y Andalucía.

Se embarcó luego el Conde acompañado de mucha nobleza de toda esta tierra, y el resto, que llamaron el tercio de Málaga, quedó encargado de don Martín su hijo, que le embarcase y llevase, como lo hizo, ejercitando en tanto el Conde los bisoños que había llevado consigo en algunas correrías y entradas, solicitando en tanto los xeques de los Meliones, para que viniesen en su ayuda, como habían ofrecido, pero casi en vano, pues le acudieron muy pocos, divertidos por Aluchali Fortan, alcaide de Tremecén, que con orden de Hacen y Asan Bajá hijo del Rey, entonces segunda vez de Argel, había persuadidoles que no favoreciesen a los cristianos enemigos de su Ley y que los temiesen, que él, con el poder del Gran Señor, les defendería de ellos.

Frustrado, al fin, de esta esperanza el Conde, y fiando poco de la que le habían dado en materia de proveerle de bastimentos, embarcó mucha cantidad en nueve bergantines, para que los llevasen al puerto antiguamente llamado de los Dioses, media legua de Mazagan, y desde allí habían de hacer los viajes a Orán que el campo hubiese menester.

Aviados, partió a 26 de agosto de este año de 1558 para las Salinas y el arroyo del Jarabal con 6.500 españoles de lista, 200 caballos de Orán

y los aventureros y alguna artillería de batir, llevando consigo para que le ayudase a Don Martín de Córdoba su hijo y dejando en Orán a Don Alonso su primogénito, dio muestra que iba a los campos de Cerit, y al quinto día por las vegas de Quiquinague, volvió sobre Mazagran, donde tuvo una trabada escaramuza con los moros de aquella comarca, en que se hubieron también los nuestros, que los desbarataron y llegaron, siguiendo el alcance hasta los muros de Mostagan, con muerte de más de trescientos turcos y moros.

Habida esta victoria, mandó el Conde dar la vuelta a su gente a la ciudad de Mazagran, pensando hallar en ella algunos mantenimientos con que sustentarla, viéndola fatigada de hambre y sed, a valerse de los que había enviado en los bergantines a aquel paraje; pero sucedióle todo al contrario de su pensamiento, porque los vecinos de Mazagran habían alzado con tiempo toda la vitualla, y con lo considerable de sus muebles, entrádola en Mostagan, y cuando esperaban lo que traían los bergantines, vieron pasar cuatro galeras reales y cinco galeotas de Argel, que los llevaban presos a Jorro. Venían hartas de saquear algún lugar en el Condado de Niebla, y entrando los bergantines que iban de Orán, los cogieron por suma desgracia nuestra y con grandísimo dolor, a vista de nuestro campo, cuyos Capitanes, juntos en la tienda del Conde, consultaron lo que debían hacer.

Era el parecer de muchos se diese vuelta a Orán y que allí se rehiciesen de mantenimientos y se entretuviesen en correrías, hasta ver lo que hacían los amigos y enemigos.

Otros dijeron era mejor ir a combatir a Mostagan, que sería entrado en breve y que allí podían sustentarse con los bastimentos que dentro había y defenderse del rey de Argel y los moros de la tierra.

Este parecer abrazó y siguió (que no debiera) el Conde, como más animoso y más conforme a su reputación, que creía menoscabada con volver atrás.

Marchó, pues, el ejército la vuelta de Mostagan, y con tanto ánimo, estimulados de la necesidad los soldados que, llegando de camino (distante una legua de Mazagán), arremetieron a las murallas y valerosamente subieron por ellas algunos, plantando su bandera en ellas un alférez, y fuera bien posible entrarse la ciudad, si el Conde dejara proseguir el hecho, pero como había sido el arremeter, sin orden, antes le reprendió y amenazó con castigo al alférez, mandándoles retirar, atrincherarse luego con fagina del as huertas, y en una pequeña plataforma puso dos piezas para batir el castillo por la parte de mediodía.

El siguiente tiró algunos tiros al castillo, pocos por falta de balas

y de poco efecto, y mando a Don Diego de Córdoba, que llamaban de Cabra, por ser de aquella casa (como se dijo) y a Francisco de Neyra, y a Juan de Alíer y Hernando de Cuenca y otros capitanes de Infantería, ocupasen un arrabal de la Ciudad, por el daño que del hacían con su arcabucería, los nuestros.

Acometiéronlo valerosamente los referidos y aunque hallaron dura resistencia, que les costó algunas vidas, se apoderaron del, quedando allí seis compañías de guarda, por mandado del Conde.

Otro día, mientras se daba orden en mudar la batería, llegó nueva que el rey de Argel, con poderoso ejército, venía a grandes jornadas a socorrer a Mostagán y que llegaban ya cerca, y se habían descubierto muchos estandartes y banderas coloradas y era así.

Sabiendo Asán o Hacen la venida del Conde, salió a toda prisa de Argel con cinco mil turcos y renegados, arcabuceros, mil espays a caballo y diez piezas de artillería y caminó la vuelta de Mostagán, juntándose en el camino seis mil caballos alarbes y diez mil de a pie, que había llamado en su ayuda.

No creyó el Conde la venida del rey de Argel, antes juzgó serían aquellas banderas alguna estratagema de la gente de la tierra, para dar a entender les venía socorro de turcos. Con todo envió a Don Martín, su hijo, con algunas compañías a que reconociesen la gente que era.

*NOTA. - Como advertimos en el prólogo, hasta aquí llega el manuscrito de la Academia de la Historia. Ignoramos si el manuscrito de la Casa de Priego, que guarda el archivo de Medinaceli sigue más adelante o aquí termina lo redactado por el autor, ya que hasta ahora han sido infructuosas nuestras gestiones para localizar dicho manuscrito.*